

El Nacionalismo y sus Dilemas

I) Introducción

Sin duda alguna, una fuente de perplejidades, titubeos y errores, tanto en el plano de la conducción de un país como en el de las actitudes y creencias políticas de sus ciudadanos, es la falta de claridad conceptual con respecto a nociones políticas fundamentales, nociones como las de democracia, libertad, derechos humanos y, desde luego, nacionalismo. La confusión en el nivel del pensamiento genera parálisis en el de la acción. Se está en un estado de confusión conceptual cuando no se tiene una representación clara del contenido del concepto en cuestión, de sus límites, de su fuerza explicativa, de su carga ideológica, de su evolución y cambio. Una política racional y una concepción sólida de nuestra realidad exige, por consiguiente, la interiorización transparente de los conceptos y de las tesis que por medio de ellos formulemos.

Es importante, por otra parte, entender que el inevitable análisis conceptual no lo es todo y que un estudio serio y completo (aunque no agote la temática) requiere de eso que podríamos denominar ‘análisis situacional’. Es obvio que para un estudio como el que aquí nos interesa desarrollar, los análisis de ambas clases son imprescindibles. Lógicamente, la aclaración de nuestras nociones es no sólo una condición *sine qua non* para la acción correcta, sino la investigación inicial. Empero, al pasar al terreno de la **aplicación** de nuestros conceptos tenemos que considerar las situaciones empíricas reales por las que atraviesa el mundo. Podemos tener un mapa conceptual perfectamente bien delineado y no estar en posición de usarlo por desconocer las condiciones reales en las que podría empleársele. El concepto de nacionalismo no es una excepción a esta ley. Es posible, en efecto, que alguien esté consciente de las conexiones que unen al concepto de nacionalismo con, por ejemplo, los de soberanía, estado, federalismo y demás pero que, por no conocer la situación histórica concreta del momento, no esté capacitado para pronunciarse racionalmente acerca de si el nacionalismo sigue siendo un ideal defendible o sobre si dicho concepto dejó por completo de ser utilizable en la actualidad. De ahí que, como se dijo más arriba, todo acercamiento serio al tema general del nacionalismo y a los problemas con él asociados necesita las dos clases de análisis mencionados.

En este ensayo procederé al modo sugerido en el párrafo anterior. Me ocuparé, en primer lugar, del concepto de nacionalismo, sacando a la luz sus presupuestos históricos y sus componentes esenciales; acto seguido examinaré, sin abundar en ello, la situación actual desde la perspectiva de los factores componentes de nuestra nación; por último, avanzaré algunas tesis que apuntan en lo que creo que es la posición correcta respecto a cómo proceder “en la práctica”.

II) *El Concepto de Nacionalismo*

Como es bien sabido, la idea misma de nacionalismo, tal como la conocemos en la actualidad, es una idea típicamente europea. Durante la Edad Media, el cemento social en Europa fue básicamente la religión católica y las instituciones religiosas correspondientes. El lenguaje universal era el latín: la misa (práctica fundamental de la época), las leyes, los textos, los edictos, los pactos. etc., tomaban cuerpo en latín. La identidad de los pueblos se fundaba en las creencias religiosas: el mundo se dividía en mundo cristiano y mundo de “infieltes”. El territorio ajeno era básicamente el de los pueblos que tenían otras religiones, en particular los pueblos islámicos. No había, es cierto, movilidad poblacional, pues el siervo estaba de hecho ligado a la tierra. Pero en principio, la gente se podía movilizar: no había fronteras, aduanas, pasaportes y demás.

La verdad es que frente al desastre y el caos social, cultural e histórico que representó el desmoronamiento del Imperio Romano, la Iglesia católica no desempeñó un mal papel. Con el papado al frente, la Iglesia tomó la estafeta y logró mantener a Europa relativamente unida, sobre todo unida frente a lo que en aquella época era el peligro identificable más obvio: el Islam y las hordas asiáticas. No importaba en aquel “momento” (momento que duró alrededor de diez siglos) que detrás de la unidad religiosa del mundo europeo hubiera una variedad asombrosa, un esplendoroso mosaico de grupos étnicos. La amenaza que dicha diversidad representaba para el mundo ecuménico organizado en torno a la Iglesia católica no era meramente latente. En todo caso, lo que es claro es que la idea misma de nación independiente y soberana estaba ausente del mundo medieval, de la mentalidad del hombre común de la Edad Media. Sobre la base de lo expuesto, dicha situación resulta perfectamente razonable y comprensible.

Contemplada este estado de cosas retrospectivamente, es evidente que éste simplemente no habría podido perpetuarse en forma indefinida. De alguna manera las diferencias entre los pueblos europeos **tenían** que manifestarse. Lo que pasa es que los procesos sociales necesarios de esta clase son muy lentos. A este respecto, no es en lo más mínimo descabellado afirmar que el proceso de fermentación se inició con el de gestación de los diversos idiomas nacionales. El lenguaje es algo vivo, dinámico, expansivo y no puede quedar encerrado en rígidos marcos escolásticos. Del latín fueron paulatinamente surgiendo familias de lenguajes y, con ellas, principios fundamentales de las ulteriores divisiones nacionales. Todavía Lutero traduce *La Biblia* en latín, pero René Descartes, el gran pensador y científico francés del Siglo XVI, escribe ya en francés. En verdad, es sobre la sólida base de los lenguajes vernáculos que se inicia el auténtico proceso de formación de las culturas nacionales.

Desde esta perspectiva, es claro que la independencia frente al poder eclesiástico y la formación de Estados nacionales era la única vía política por la que la humanidad (o la porción de la humanidad que radicaba en Europa) podía transitar. En este proceso nos encontramos con factores imprevisibles jugando en ocasiones papeles determinantes (la habilidad de Turenne, el genio de Napoleón, la buena suerte de Blücher y Wellington, la osadía de Bismarck, etc.). Como era de esperarse, se formaron más rápidamente como Estados nacionales, como países autónomos, aquellos cuyos pueblos eran étnicamente más homogéneos, cuyos lenguajes se conformaron con mayor rapidez (aquí se pone de relieve, por ejemplo, la crucial importancia de la literatura), cuyos territorios eran más fácilmente delineables. Como a menudo pasa en relación con las cuestiones sociales, los factores involucrados son todos ellos de importancia, si bien ninguno de ellos es claramente preponderante. Lo que en cambio sí es decisivo es su **configuración**: en un momento dado se conjugan y se inicia con ello una nueva fase histórica, independiente ya por completo de las voluntades particulares de los actores sociales.

El proceso de formación de los Estados nacionales no solamente era prácticamente inevitable, sino que fue también benéfico. Permitió que prosiguiera, de manera más acelerada, el desarrollo de la cultura, de la ciencia, del arte, que siglos antes había quedado en manos (lo cual también es comprensible), de la Iglesia católica. Dicho proceso contribuyó asimismo a la gestación y al desarrollo de un sistema económico que respondía mejor a las demandas de los individuos que el centralismo teocrático romano: era mucho más fácil comerciar con gente que hablaba como uno y que vivía cerca de uno que con gente que hablaba de otro modo y que vivía lejos, por más que todos tuvieran el mismo dios y las mismas creencias religiosas básicas (redención, inmortalidad, resurrección, etc.). Las cualidades o virtudes o ventajas de la formación de Estados nacionales representaba, pues, genuino avance o progreso histórico. No obstante, vale la pena señalar que dicho proceso, aunque quizá no evitable, sí hubiera podido requerir mucho más tiempo del que de hecho llevó. No es lógicamente impensable que la Edad Media se prolongara dos o tres siglos más, si bien es claro que el precio de su derrumbe habría sido entonces mucho más elevado. Fue porque hubo hombres impíos y ansiosos de conocer el universo, hombres cínicos, crueles y ambiciosos pero decididos e infundidos de nuevos ideales y claros sentimientos de misión histórica, hombres como Luis XIV o Enrique VIII, que la idea misma de nacionalismo cobró vida y fuerza con la rapidez con que lo hizo. La Revolución Francesa (o, para ser más exactos, la guillotina de Robespierre y de Saint-Just) es la expresión más palpable, más plástica de que el feudalismo ecuménico, con todo lo que éste acarreaba, era ya cosa del pasado. Ya pare entonces la vida económica, cultural, jurídica, moral y artística se regía por medio de otros mecanismos y es a ese nuevo modo de vida que correspondían políticamente los Estados nacionales.

Por más que se esté dispuesto a aceptar que el nacionalismo es un ideal de organización política que respondía mejor que otros a la situación imperante en Europa a partir del Siglo XVI, habría que reconocer asimismo que dicho ideal fue (y, lo que es peor, sigue siendo) la fuente de innumerables conflictos y, por qué no decirlo, tragedias. El concepto de nación, como veremos en un momento, está esencialmente vinculado al de territorio, pero las divisiones territoriales no están establecidas por la naturaleza, sino que son algo que los hombres fijan. No es, pues, de extrañar que, cuando de posesión de tierras se trate, los seres humanos no actúen nunca *bona fide*. Desde este punto de vista, la historia de Europa (desde los primerizos esfuerzos de César Borgia hasta los de Adolfo Hitler y los actuales conflictos de Bosnia-Herzegovina y Chechenia) no es más que un permanente y sangriento estira y afloja para encontrar una solución aceptable a problemas creados por las necesidades nacionalistas. Las guerras y los conflictos provocados por anexiones como las de Alsacia y Lorena, los Sujetes, los países bálticos, o movimientos de liberación nacional como los ejemplificados en Córcega, el país vasco, el Cáucaso o Irlanda, etc., o por creaciones nacionales artificiales como Yugoslavia, son producto de ambiciones, pretensiones, reivindicaciones, intrigas y exigencias nacionalistas. Aquí lo menos que podemos preguntamos es: ¿hay acaso algún sentido en el que podamos decir que todas estas guerras (así como el horror que acarrear) estuvieron justificadas? O, mejor: ¿lo están o lo estarían ahora? ¿Es impecable, acaso, la lógica nacionalista? Esto es algo que intentaremos determinar más abajo, pero debemos ahora dejar de lado las consideraciones concernientes a la gestación del concepto y echar un vistazo a la enredada estructura del concepto mismo.

Independientemente de nuestra filiación política, habría que reconocer, en aras de la honestidad intelectual, que el *locus classicus* sobre el nacionalismo es el texto de J. V. Stalin, *El Marxismo y la Cuestión Nacional*.¹ Para los objetivos de este ensayo, podemos desentendemos de los problemas concretos e inmediatos que Stalin tenía en mente y limitamos a citar la definición de ‘nacionalismo’ que él ofrece después de haber rebatido concepciones alternativas. De acuerdo con él, una nación es “una comunidad humana estable, históricamente constituida, formada sobre la base de una comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de conformación psicológica que se manifiesta en una cultura común”.² Esta

¹ Como era de esperarse, hay en la actualidad una bibliografía inmensa en relación con el tema del nacionalismo. Entre las aportaciones más destacadas encontramos obras como *Naciones y Nacionalismo*, de Ernest Geller, *Naciones e Nacionalismo*, de Eric J. Hobsbawm, *Socialism and the Idea of the Nation*, de John Schwartzmantel y *The Age of Nationalism*, de H. Kohn. Aunque, sin duda alguna, las discusiones contemporáneas han hecho avanzar el tema sustancialmente, de todos modos es difícil encontrar una caracterización que sea tan simple, rica y operativa como la de Stalin. Vale la pena notar, asimismo, que en muchas discusiones y análisis que de hecho son sugerentes y enriquecedores se pierde uno u otro de los elementos mencionados en la caracterización staliniana. En particular, el lenguaje es un factor al que todavía no se le concede la importancia teórica que es seguro que tiene.

² J. V. Stalin, “Marxism and the National Question” en *The Essential Stalin*. Edited and with an introduction by Bruce Franklin (London: Croom Helm, 1973), p. 60.

caracterización es tanto precisa como elástica y constituye, por lo menos, un punto de partida aceptable. Por lo pronto, nos permite entender que, salvo en casos excepcionales, la noción política de país simplemente no coincide con la de nación.

Con base en la definición staliniana de ‘nación’, nosotros podemos ahora definir ‘nacionalismo’ simplemente como una actitud fuerte de aprobación con respecto a todos los elementos mencionados en la caracterización recién ofrecida. Consideremos dichos elementos brevemente. Lo que de inmediato se puede sostener es que no parece muy sensata la idea de que dichos factores tienen un valor determinado *a priori*. Más bien, la idea es que sus roles, su contribución y su importancia en el mantenimiento de la cohesión o de la homogeneidad nacional es algo que cambia en función de las circunstancias, del momento histórico. Para ciertos fines el territorio es decisivo, pero para otros su no-existencia o su supresión no altera la existencia de la nación. Por ejemplo, difícilmente se habría podido negar que durante el Siglo XIX los polacos eran *de facto* una nación, aunque no hubiera un territorio universalmente reconocido como polaco puesto que, como se sabe, el reino de Polonia había dejado formalmente de existir desde finales del Siglo XVIII, situación que perduró hasta el fin de la Primera Guerra Mundial y el Pacto de Versalles. Pero los polacos tenían, entre otras cosas, un lenguaje común, tradiciones culturales fuertes, un pasado y un proyecto comunes que unificaban a muchos millones de personas y se trataba de un mismo grupo étnico. Faltaba el territorio, pero eso no significaba que por ello la nación se hubiera desintegrado. Lo mismo pasó durante cientos de años con el pueblo judío y en la actualidad con el palestino. Desde este punto de vista, el territorio es algo en lo que la nación se afianza, algo que refuerza la existencia de la nación, pero no algo que la determina.

Esto que hemos dicho es importante, porque hace ver que otros factores de la nación son en ocasiones más importantes para su integridad y cohesión que el territorio, al que en general se considera como decisivo. Es incuestionable que borrar un país del mapa del mundo representa un fuerte golpe a una nación, pero es debatible si necesariamente representa para ella un golpe mortal. En claro contraste con la supresión (digamos, por anexión) del territorio, el agotamiento, el aniquilamiento o la supresión de otros factores componentes de la nación sí afectan drásticamente a la unidad nacional. Por ejemplo, la desaparición (debido, digamos, a una severa política de intromisión cultural) del idioma nacional, la imposición de formas culturales ajenas a las de la nación en cuestión, esto es, la penetración y la dominación culturales, ciertamente alteran la unidad nacional y hasta pueden llegar a hacer redundantes los proyectos nacionales. En otras palabras, sí contribuyen, inclusive si no lo hacen en forma violenta, a la desintegración de la nación (o por lo menos a una profunda transformación de ella). Pero esto es de implicaciones que sería un error desdeñar, dado que pone de manifiesto que el énfasis puesto en la integridad territorial no necesariamente significa la salvaguarda de la nación y que es quizá más importante la batalla por el idioma nacional que por el territorio

nacional. Desde luego que la incapacidad de defender su territorio debería significar el derrumbe de un gobierno y quizá hasta el de un estado. Pero es claro que ni el gobierno ni el estado son la nación, por lo que su radical transformación o eliminación no equivale *eo ipso* a la transformación o a la eliminación de la nación misma.

El análisis del concepto de nación, esto es, la enumeración de sus componentes y la determinación de cómo se conectan entre sí, permite exhibir el carácter ridículo de ciertas actitudes y poses “nacionalistas”. Este carácter ridículo está causado por equivocadas asignaciones de valor a los diferentes componentes de la nación. Es cierto que las tradiciones culturales, gastronómicas, de entretenimiento, etc., son canales de expresión propios de una nación. Ahora bien, frente a las tradiciones de una nación otras naciones se definen por otras tradiciones. En estos casos podemos comparar, equiparar o contrastar unas tradiciones con otras y, de este modo, generar alguna clase de rivalidad, de competencia, de oposición. Pero transformar las diferencias culturales en rivalidad cultural es algo francamente ridículo. Eso es lo que le sucede a quien está convencido de que las tradiciones de su nación son superiores a las de otros. Ser “nacionalista” en este sentido es simplemente ser **chauvinista**. El chauvinista es el nacionalista con respecto a cuestiones como el idioma, las tradiciones culinarias o el equipo de fútbol, aquel que cree que lo de uno es por naturaleza lo mejor del mundo. En casos así, los conflictos generados son desdeñables: reflejan una psicología propia de periodos especiales y heredada o asumida acríticamente. El nacionalista, en este sentido, es un hombre limitado, de horizontes estrechos, incapaz de apreciar y de disfrutar modos de vida, humor, comida, formas de entretenimiento, etc., que no sean los suyos. Si todos los conflictos asociados con el nacionalismo fueran como estos, nos podríamos desentender por completo de la cuestión del nacionalismo. Desafortunadamente, no es ello así. El nacionalismo se conforma también por factores que cuando generan oposición entre naciones a lo que conducen directamente es a guerras, a odios seculares entre los pueblos y a toda clase de infelicidad. Los más graves de estos problemas se derivan de conflictos territoriales y de enfrentamientos de orden económico y comercial. Sobre esto habremos de regresar más abajo. Por el momento bástenos recordar que el proceso de formación de Estados nacionales sigue vigente, aunque muchos de los elementos de los que el nacionalismo se nutre y que permitieron su surgimiento de hecho están alterados. Esto plantea nuevos interrogantes. Antes de formular algunos de ellos, intentemos determinar cuál es la situación en nuestros días.

III) *La situación actual*

Desde un punto de vista político, el nacionalismo representa la atomización del mundo. El surgimiento del nacionalismo dio pábulo (y, en verdad, obligó) a un

nuevo estilo de pensamiento político, a un nuevo modo de enfocar las relaciones internacionales, a nuevos modos de agresión y de defensa. Paradójicamente, la existencia de múltiples Estados nacionales (y multinacionales) independientes impulsó la formación de organismos internacionales con el fin de regular, hasta donde fuera posible, las relaciones entre ellos y de coadyuvar a que los conflictos se resolvieran por medios pacíficos. En cuanto a esto último, el fracaso de la humanidad es notorio, pues aparte de su ineficacia para hacer valer el derecho las instituciones internacionales han mostrado ser susceptibles a toda clase de manipulación. La evolución del mundo dividido en estados es, empero, hasta el día de hoy relativamente nítida: se pasó de alianzas y pactos a “ligas de naciones”. No deja de haber algo de semi-absurdo en todo esto: una vez constituidos los estados se inventaron organismos para ordenar sus relaciones. con lo cual era inevitable que, por lo menos virtualmente, volvieran éstos a perder grados de su tan celosamente defendida autonomía. Así como con el capitalismo se modificaron las reglas sociales (por ejemplo, las leyes de propiedad) y que de pronto el individuo (es decir, el potencial productor y consumidor) se vio ubicado en el centro del panorama político, en la era post-medieval el Estado nacional se convirtió en el individuo en el plano de la política mundial y se vio necesitado de todo un sistema nuevo de leyes de convivencia. La ventaja de equiparar al Estado nacional con el individuo es que permite ofrecer un argumento por analogía tendiente a mostrar que la soberanía absoluta, como la libertad absoluta, es un sueño imposible y absurdo: la libertad individual es ciertamente un valor irrenunciable del individuo, pero toda persona en sus cabales estaría dispuesta a aceptar que tiene límites. Por libre que sea el individuo, no tiene éste derecho a hacer absolutamente cualquier cosa que le venga en gana. *Mutatis mutandis*, lo mismo acontece con las naciones soberanas: sencillamente es falso que en una comunidad internacional **toda** intervención en los asuntos de un país automáticamente sea un atentado a su soberanía. Sobre esto regresaremos más abajo.

Desde un punto de vista económico y cultural, el ideal congruente con el nacionalismo radical es la autarquía. La autarquía es esa situación en la que una nación, identificada políticamente con un país, se basta a sí misma, es decir, no depende en nada de ninguna otra. El ideal es no sólo dudoso, sino de hecho impracticable. Probablemente ni siquiera en los momentos de mayor éxito en la vida de los estados fue este ideal realmente asequible o realizable. El imperialismo territorial y comercial es la mejor prueba de ello: los estados que primero se formaron como Estados nacionales, y por consiguiente los más fuertes, buscaron hacerse de colonias, para “intercambiar mercancías”. Esto a su vez revela que hay tensiones entre los ideales políticos del nacionalismo y la realidad mundial económica mundial. Esto, como veremos, tiene implicaciones importantes.

El gran supuesto en los planteamientos nacionalistas (e internacionales) es que los gobiernos son los auténticos representantes o portavoces de las naciones. Se

supone que un gobierno legítimo debería serlo, pero ello no es auto-evidente. Aquí las aguas se enturbian por la intromisión de intereses de muy diversa índole. Lo que es preciso entender es que los gobiernos, en tanto que entidades políticas, tienen sus propios intereses, su propia dinámica. Lo que aquí está en juego son entonces correlaciones de fuerza entre gobiernos. Así, los ideales nacionalistas quedan interpretados y manejados por los gobiernos y desde sus diferentes perspectivas y posiciones. En nombre del pueblo británico, por ejemplo, el gobierno inglés mantuvo su imperio hasta la Segunda Guerra Mundial y en nombre del pueblo cubano Fidel Castro instauró un gobierno revolucionario en Cuba. La conclusión es obvia: el nacionalismo constituye un sistema de valores e ideales que se subordinan a requerimientos de otra naturaleza. Recurriendo al atractivo que de manera instintiva revisten los ideales nacionalistas, los gobiernos implementan políticas de agresión o de defensa, imperialistas o proteccionistas. Se sigue que no es ni puede ser el nacionalismo el concepto rector en política, sino que es más bien un instrumento al servicio de otros fines (la independencia territorial, la seguridad económica, el bienestar de la población de un país). Como acontece con muchas otras cosas, para que el nacionalismo sea aceptable tiene que ser operativo y qué función desempeñe es por lo tanto algo que dependerá de factores externos a él. Aquí el ejercicio mental consiste en hacer un esfuerzo por comprender que no necesariamente lo que en un momento dado fueron actitudes y políticas admirables lo siguen siendo en cualquier otro momento de la historia de un país.

Revisemos los factores del nacionalismo y su *status* en la actualidad. Por las razones que sean el hecho es que se ha producido a nivel mundial un fenómeno de unificación o, como también se le llama, de globalización. El capital financiero es claramente internacional: las inversiones que hoy están en México mañana están en Nueva York o en Tokio. El trabajo también se ha internacionalizado y ello no sólo en el sentido físico de que masas de hombres trabajan en países que no son sus países de origen, sino también en el sentido de que trabajan, aunque sea en su propio país, en o para empresas que son totalmente extranjeras y eso de hecho es como trabajar en el extranjero. Otro fenómeno importante es el de la unificación lingüística: ya sea porque es sintácticamente más simple o debido a la fuerza cultural de los países en donde se habla, el hecho es que hay un idioma, a saber, el inglés, que poco a poco se ha convertido en el idioma universal. Si alguien sabe inglés puede viajar, hacer negocios, casarse, etc., con gente de otras nacionalidades. En lo que a la cultura atañe, lo que presenciamos es lo que podríamos denominar la ‘americanización de la cultura’: hay una marcada tendencia hacia la uniformización cultural, hacia la implantación de los mismos modelos, esquemas, marcos culturales, en todo el mundo, lo cual a su vez acarrea la uniformización mental. En relación con las poblaciones, el panorama es el de auténticas migraciones, de mezclas de grupos étnicos, por lo que la idea de nación biológicamente pura se revela, aparte de cómo impráctica y mitológica, como un “ideal” de hecho inalcanzable. Asimismo, las relaciones económicas se han ajustado a estos procesos: el banquero mexicano y el

banquero americano, aunque no comparten tradiciones e idiosincrasia, tienen más en común que el banquero mexicano y el campesino mexicano (piénsese, por ejemplo, en las vidas de sus respectivos hijos). A pesar de estos cambios, los territorios siguen siendo más o menos los mismos. Hay problemas de franjas, de islas, de colinas, pero quizá no sería demasiado aventurado afirmar que básicamente la división del mundo está ya realizada. Es muy poco probable que, como producto de guerras, las fronteras de la gran mayoría de los países del mundo se modifiquen significativamente. Empero, eso no implica que no se puedan alterar por otra causa. Un claro ejemplo de la evolución del mundo en este sentido es la Comunidad Económica Europea.

La situación actual es, pues, confusa: las naciones están albergadas en países que son relativamente fijos, pero están sometidas a procesos y fenómenos que, de uno u otro modo, las borran o tienden a hacerlo. Es por eso que, primero, no sabemos ya bien a bien qué significa ser nacionalista y, segundo, si ser nacionalista (en el sentido originario de la palabra) no es ser declaradamente obsoleto, reaccionario, incongruente con la marcha del mundo. Son estos delicados temas que debemos ahora pasar a examinar. La pregunta a la que aspiramos a responder es pues, la siguiente: ¿que es ser, aquí y ahora, nacionalista? Si lo que hasta aquí hemos dicho es correcto, aunque sea parcialmente, entonces es claro que no hay ni puede haber una respuesta monolítica a esta pregunta. Lo que quiero decir es que, muy difícilmente, será factible y deseable adoptar líneas nacionalistas en todos los sentidos. Veamos esto en detalle.

Quizá el factor fundamental de los que permitieron la gestación de la nación y en relación con el cual no se tiene duda alguna en cuanto a la posición por asumir siga siendo el territorio. La defensa del territorio nacional es prioridad estatal y compromiso moral de sus habitantes y ello así sería aunque no nos las viéramos con Estados nacionales. Esto parece indiscutible y es claro que, si el nacionalismo fuera desplazado por otros ideales y modos de organización, la idea de territorio nacional sería quizá lo último que se abandonaría. La idea misma de territorialidad es más biológica que política. De hecho, los hombres han defendido los territorios de sus reyes o de sus iglesias, inclusive cuando éstos no eran territorios de Estados nacionales. Por otra parte, el territorio nacional no es únicamente el pedazo de tierra que mundialmente se reconoce como tal, sino también sus litorales, su petróleo, su riqueza natural. Por lo tanto, si ser nacionalista es estar comprometido con la defensa del territorio nacional, entonces ser nacionalista es defender y estar dispuesto a defender no sólo la integridad física del país, en el sentido más obvio de la expresión, sino también su patrimonio, la riqueza natural que se encuentra en el territorio nacional. Es esta una misión que corresponde, en primer término, al estado y a su gobierno. Es evidente que hay aquí fuerzas que constantemente operan para debilitar u obstaculizar la labor estatal, esto es, que pregonan el abandono de toda clase de políticas nacionalistas en nombre de la propiedad privada o de la inversión

extranjera. Aquí el problema radica en la oscuridad del significado del término ‘defender’. Sobre esto nos pronunciaremos más abajo.

Concerniente al lenguaje y a las tradiciones culturales, nos encontramos con que la paradójica situación de que lo racional es adoptar posiciones que son mutuamente excluyentes. Por ejemplo, muchos quisiéramos que además de la educación nacional, esto es, la enseñanza de las ciencias básicas, las matemáticas, la gramática española, la historia y la geografía de México, se preservarán también los lenguajes indígenas, verbigracia, el náhuatl, el totonaca, el otomí, el huichol, el tzotzil, el maya, por no citar más que algunos de los más importantes. Esto no es un mero atavismo: la riqueza de México no es meramente riqueza material. Una gran ventaja práctica de convertir a un sector de la población en bilingüe es que se le dan al individuo más elementos para defenderse en la vida. Pero de seguro que si el argumento es válido en relación con el mixteco lo es también con relación al inglés o al francés. O sea, es perfectamente natural que en estos tiempos en los que el mundo físico se ha reducido, en que los contactos académicos se han ampliado y fortalecido, en que se han formado comunidades internacionales de hombres de ciencia, humanistas y artistas, queramos que nuestros niños y nuestros estudiantes conozcan bien, dominen varios o por lo menos otro idioma, otra lengua viva. Pero es obvio que querer eso es querer algo que, de uno u otro modo, se contrapone a los ideales nacionalistas, puesto que el aprendizaje de otro idioma es una puerta de acceso a otra cultura. Aquí tenemos que entender que la expresión ‘defensa del idioma’ es ambigua, es decir, tiene dos sentidos. En efecto, puede querer decir ‘lucha contra la desintegración del idioma mediante la incorporación mecánica de terminología extranjera’ o puede significar ‘lucha en contra de la interiorización de otro idioma’. Yo creo que debemos ser nacionalistas en el primer sentido, más no en el segundo. En las diversas ramas de la vida social, (la ciencia y la tecnología, la política, el deporte) se acuñan nuevas palabras, nuevos modos de expresión. ¿Querría alguien, orientado por ideales nacionalistas, impedir que los mexicanos se atrasaran o se mutilaran lingüísticamente y que no se apropiaran o hicieran suya la nueva terminología? Es claro que no. Tendremos, pues, que hablar de *inputs* y de *layouts*, de *software* y de *dumping*, y así indefinidamente. Pero el punto es que querer estar al día en la asimilación correcta de vocabulario foráneo en circulación es de alguna manera choca con ideales nacionalistas o por lo menos con sus variantes más primitivas.

La renovación lingüística acarrea consigo profundas transformaciones psicológicas, idiosincrásicas, de costumbres. En nuestros días, esto parece ser un fenómeno inevitable. La apertura y el intercambio comerciales fuerzan a ello. Naturalmente, en este como en todos los otros casos la dificultad para evaluar lo que está pasando es que las relaciones que se establecen entre países son asimétricas: es quizá más fácil que los mexicanos se germanicen a que los alemanes se “mexicanicen”. Pero aquí debemos preguntarnos si después de todo la

germanización sería algo que habría que lamentar. A final de cuentas, la asimilación superficial es mucho más fácil que el abandono profundo de tradiciones, costumbres, modos o formas de vida fuertemente enraizadas, por lo que en un proceso de, digamos, germanización habría por una parte ganancias culturales obvias y, por la otra, seguirían vigentes valores y principios nacionales que difícilmente se perderían. Pero, una vez más, no estar en contra del cosmopolitismo (en el mejor sentido de la palabra) es no darle el visto bueno a ideales de estrecho corte nacionalista.

Consideremos rápidamente el último factor esencial del nacionalismo: la compleja red de relaciones económicas y comerciales que supuestamente ligan entre sí a los miembros de una comunidad. En nuestros días, la comunidad en cuestión es más bien internacional: el automóvil es hecho en México, pero el 80% de sus partes viene de otros países y lo que sucede con México sucede con otros países por igual. Pero entonces el nacionalismo, entendido como política proteccionista de los intereses económicos de las clases poseedoras, es pura y llanamente contrario a los intereses del país. Es menester comprender que el nacionalismo económico, como cualquier otra gran idea política, pasa por fases, crece vigorosamente en alguna de ellas y se vuelve un ideal decrepito y anémico en otras. Veamos un ejemplo.

En México, cuando el país estaba en formación, después del movimiento armado, la política nacionalista consistía en, por ejemplo, arrancarle de las manos a los extranjeros la posesión de bienes como el petróleo y la banca. **Eso** era proteger al país y los políticos más destacados de la época pensaban y actuaban de conformidad con esa idea. Desafortunadamente, es más o menos evidente que, por múltiples razones, la supuesta clase empresarial nacional, en aras de la cual implementaron los distintos gobiernos políticas “nacionalistas” durante muchos lustros, no estuvo a la altura de su misión. El problema es que la situación cambió y si en algún momento proteger a dicha clase era lo congruente con el progreso de la nación, no está en lo más mínimo claro que protegerla en nuestros días lo siga siendo. Esto se explica con facilidad: si la situación cambió fue, en parte, porque se modificaron los criterios para dividir teóricamente a la población. Por razones históricas, hace medio siglo la alternativa era <mexicano *versus* extranjero>, porque se suponía que los empresarios mexicanos, los mexicanos ricos, iban a trabajar por el país, a invertir en él, a promover su desarrollo, a crear fuentes de trabajo, a producir objetos de calidad, a mejorar los servicios. Pero si alguien en este país traicionó los ideales nacionalistas, si alguien hizo gala de mezquindad, de avaricia, de codicia y ambición, si alguien corrompió al gobierno y a las instituciones nacionales, ese alguien fue la clase pudiente, los dueños de los medios de producción, los “empresarios”. Esta anomalía llegó al grado de polarizar a la población de una manera sin precedentes en la historia de México. Sin embargo, poco a poco y sin darnos cuenta, fueron cambiando los criterios y los paradigmas. Ahora (y con toda razón), el ciudadano medio ya no se pregunta (ni tiene por qué hacerlo) acerca de si un producto es

mexicano o tailandés, sino si es o no de buena calidad, si es más barato que otro, si dura más o no. Así contemplado el asunto, una actitud nacionalista “a la antigua” es declaradamente anti-mexicana, por la sencilla razón de que desprotege a la gran mayoría de los habitantes del país. Preguntemonos: ¿ha contribuido la banca mexicana al desarrollo del país o ha contribuido más bien a su empobrecimiento, a su endeudamiento, a su miseria? ¿Sería una actitud más pro-mexicana el que un ciudadano mexicano ahorrara en un banco mexicano, que lo ha extorsionado durante años, que el que depositara su dinero en una institución extranjera que lo tratara mejor? ¿Sería no hacerlo una demostración de falta de patriotismo? Parecería que en la actualidad prácticamente nadie cuerdo se atrevería a hacer semejante afirmación.

En resumen: el concepto de nacionalismo ha sufrido una notable evolución. ‘Ser nacionalista’ ahora no significa lo mismo que hace 50 años. Para que sobreviva, el nacionalismo tiene que adaptarse a las circunstancias prevalecientes. Si ello en principio culmina en la desaparición de los Estados nacionales y en su suplantación por una comunidad internacional, eso es algo con lo que tenemos que reconciliarnos. Es de la vida real y de beneficios concretos de donde deben emanar nuestros ideales políticos y no a la inversa.

IV) *Consideraciones Generales*

Aunque el nacionalismo ha perdurado como ideal político, económico e ideológico, lo cierto es que a menudo se le ha subordinado a ideales y proyectos más universales, *e.g.*, religiosos, biológicos o políticos. La posguerra es un claro ejemplo de ello: el autodenominado ‘mundo libre’ se enfrentó al mundo socialista y en esta confrontación los intereses nacionales se perdieron en los de los grandes bloques político-militares. La confrontación era entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, no simplemente entre, digamos, Inglaterra y Bulgaria. En nuestros días asistimos a nuevas formaciones histórico-comerciales, que es en donde se incrustan los intereses nacionales. Con la desaparición de la URSS este proceso se aceleró. Instituciones que cobran cada día más importancia son, por ejemplo, la Organización Mundial de Comercio, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial. De uno u otro modo, la vida de los países se regula cada vez más en función de los lineamientos generales (y específicos) establecidos por dichos organismos. Del nacionalismo rabioso de otros tiempos queda cada día menos. Aquí la actitud nacionalista consiste en defender a ultranza los intereses de los países **en** dichos foros, no en tratar de estar al margen de ellos.

La globalización de la economía, el comercio y la política es innegable, pero también es cierto que dicho proceso no tiene todavía la fuerza para anular o cancelar la realidad de los estados nacionales. No obstante, sí la afecta. En sus inicios, toda ingerencia extranjera en los asuntos internos de un país era condenable. Es claro, sin

embargo, que el alcance de este principio se ha ido estrechando. Por ejemplo, hay organizaciones que luchan en favor de los derechos humanos o de la ecología y que intervienen de diverso modo en la vida política de los países. Huelga decir que en muchas ocasiones dichas organizaciones solapan o encubren proyectos políticos criminales y no es una extravagancia ni siquiera sostener que fue precisamente así como se iniciaron. Ahora bien, organizaciones así tienen también una evolución propia, animada por sus intereses intrínsecos y es, en última instancia, en función de ellos que debemos aprender a evaluarlas. Supongamos que una organización europea de derechos humanos protesta ante el gobierno de un país de otro continente por la práctica de la tortura: ¿es eso algo criticable? No, en principio. Si una institución se niega a proporcionar ayuda a un gobierno determinado por sus conocidas masacres: ¿es ello algo condenable? A primera vista por lo menos, no. Y parecería que es en la dirección de prácticas así que, lenta pero decididamente, se encamina la humanidad. Esto significa que es preciso redefinir los conceptos asociados o derivados del concepto general de nacionalismo. En nuestros días, no toda intervención o ingerencia extranjera en los asuntos de un país por organismos internacionales reconocidos es automáticamente un atentado a la soberanía del país en cuestión. Por ejemplo, una comisión internacional sería puede presenciar los comicios y corroborar si hubo o no fraudes electorales. Como siempre, el problema surge aquí por la manipulación interesada a la que parecen prestarse dichos organismos y la distorsión de objetivos que con ello se genera. Esto merece unas cuantas aclaraciones.

Mientras sigan existiendo los países como entidades autónomas y que los ciudadanos sigan siendo **de** tal o cual país (con sus respectivos pasaportes, falta de derechos para trabajar en donde uno quiera, etc.), habrá lugar para políticas, actitudes y convicciones nacionalistas, sólo que (una vez más) éstas deberán adaptarse a las circunstancias. Un gobierno nacionalista no es ya un gobierno que cierra sus puertas a los turistas, a los inversionistas o a los organismos internacionales. En cambio, un gobierno nacionalista es aquel que se auto-dota de mecanismos para, por ejemplo, controlar o hacerle pagar impuestos al capital foráneo; un gobierno nacionalista pelea porque las leyes que supuestamente rigen al mundo (como las del libre comercio) sean aplicadas congruentemente en todas partes y no nada más en su país; un gobierno nacionalista es un gobierno que con decisión impone a los extranjeros, en la región del mundo de la que es gobierno, los mismos mecanismos aduanales, policíacos, etc., que otros países le aplican a sus ciudadanos; un gobierno nacionalista no es ya un gobierno que meramente se limita a proteger los intereses de la ascendente burguesía o de la clase financiera de su país, sino uno que lucha porque dichas clases de su país tengan los mismos derechos que las burguesías de otros países en otros países y porque dichos intereses no se sobrepongan a los de las grandes mayorías; un gobierno nacionalista es aquel que acepta no contaminar un país vecino con, por ejemplo, material radioactivo, pero que tampoco tolera que dicho país arroje en su territorio tales desechos. Y así

sucesivamente con los derechos de los trabajadores, los indocumentados, los turistas, los inversionistas y demás. En este sentido, en nuestros tiempos ser nacionalista significa tratar a toda costa de ser coherente con la legalidad internacional, luchar en un plano mundial en contra de las asimetrías y los privilegios. Por decirlo de algún modo, el verdadero nacionalista ve hacia fuera, no ya hacia adentro. Y en este sentido, es claro que se puede y se debe ser nacionalista.

En relación con las actitudes individuales, también debemos aprender a modificar puntos de vista, por entrañables que nos sean, si éstos resultan estar anquilosados o brotan de prejuicios injustificables. De ninguna manera, por ejemplo, puede ser una demostración de nacionalismo protestar ante las autoridades de un país por la inminente ejecución de un criminal simplemente porque se trata de un compatriota. Un matón es un matón aquí y en cualquier otro país y se debe pugnar por que se le aplique la ley. No obstante, sí es una actitud nacionalista protestar (y tomar medidas) porque las leyes de dicho país, sean las que sean, se apliquen de manera sistemática (mismos delitos, mismas penas) y no en función de consideraciones externas (color de piel, origen racial, nivel de instrucción, etc.).

De lo dicho en esta sección podemos extraer una sorprendente conclusión: se es nacionalista cuando se está listo para intervenir, de un modo racional, bien fundado, con valentía, en los asuntos de otros países que se han vuelto, por así decirlo, tema mundial. Si, digamos, el gobierno americano acusa a un determinado gobierno de violar derechos humanos, otro gobierno (quizá no el acusado, puesto que la acusación inicial puede estar justificada) debe también tener el derecho de protestar ante las violaciones norteamericanas de derechos humanos cometidas dentro y fuera del territorio norteamericano (ya que es más que evidente que éstas se cometen). De ahí que en nuestra época ser nacionalista sea ante todo ser congruente con las regulaciones internacionales y tratar de aplicarlas, en el dominio o el lugar que sea. Dicho paradójicamente: en la actualidad, ser genuinamente nacionalista es ser auténticamente internacionalista.

Así como a partir de cierto momento (una vez reconocido socialmente el derecho del individuo a elegir como religión la que más le plazca), las guerras de religión dejaron simplemente de tener sentido, así en nuestros tiempos las guerras de tipo nacionalista empiezan a perder vigencia, actualidad y, en cierto sentido, importancia. Si de lo que se trata es de salvaguardar la cultura, las tradiciones, el humor, el arte, el lenguaje de un pueblo, el nacionalismo tradicional es bienvenido, pues a final de cuentas significa o implica el enriquecimiento de la humanidad. Pero no hay nada entonces que impida que la confrontación o la competencia se lleve a cabo de manera constructiva y pacífica, como en los Juegos Olímpicos. Los pueblos siempre pueden aprender unos de otros. En cambio, si de lo que se trata es de redibujar el mapa del mundo y, peor aún, si una razón para ello es que cada pueblo se convierta en una unidad independiente, la causa es entonces (en el mejor de los

casos) sospechosa y lo más probable es que, examinada con cuidado, resulte inaceptable. La proliferación de naciones no es lo que el mundo de hoy, con sus tendencias universalistas, necesita. Es por eso que tragedias como las de Bosnia-Herzegovina y Chechenia inevitablemente generan la impresión de luchas caducas, de causas rebasadas, imposibles de universalizar, de hacer nuestras. Lo terrible de dichas guerras es, claro está, el precio en sufrimiento, en dolor y en muerte pagado por poblaciones enteras, arrastradas por demagogos imbuidos de ideales pretéritos.

En realidad, el nacionalismo tradicional coherente llevado hasta sus últimas consecuencias desemboca en un regionalismo imposible de sostener. Simplemente no es posible que cada región relativamente bien delimitada étnica, lingüística, económica, cultural y económicamente se convierta en un país, con su propia burocracia, su propia administración, su propia secretaria de relaciones exteriores, etc., separándose de los países ya constituidos y de los que hasta entonces formaban parte. La idea de una nación-patria-país, en el sentido más estrecho de la expresión, es no sólo irrealizable, sino inapetecible. Lo que parece imponerse es más bien la idea de estados multi-nacionales. En vista de las innegables diferencias entre zonas, comunidades y demás al interior de prácticamente todos los países del mundo, hoy por hoy la receta política de sentido común es el reforzamiento del federalismo, la descentralización, la regionalización, siempre y cuando ello no entrañe la disolución de la administración central y su representatividad internacional. La idea misma de multiplicación de naciones (lo cual es desde luego lógicamente posible) es una reducción al absurdo de la idea de nacionalismo. Si la tomáramos en serio, pocos serían los países que no quedarán desmembrados.

Los conflictos políticos y sociales revisten hoy otras formas que las de anexiones territoriales. Bélgica o Suiza, por ejemplo, no necesitan crecer territorialmente para crecer económica y culturalmente. Las fuerzas que en la actualidad mueven a las poblaciones del mundo, a los partidos políticos, a los gobiernos mismos, son más bien deseos como los de implantar sistemas de vida democráticos, acabar con la corrupción y la impunidad, mejorar palpablemente los niveles de vida y de educación de las poblaciones, etc. De ahí que ideales como el nacionalismo no parezcan formar parte del *Zeitgeist*. Ideales así, sin duda alguna, fueron útiles, sólo que para sobrevivir tuvieron que sufrir una drástica reformulación para adaptarse a las circunstancias que la realidad económica y comercial (así como la de las bombas atómicas) ha materializado. El problema, claro está, es que dicha adaptación los vuelve prácticamente irreconocibles. Esto me lleva a un último punto.

Históricamente, el nacionalismo ha estado ligado tanto a formas democráticas como a formas totalitarias de gobierno. Se trata, por lo tanto, de una idea política potencialmente útil para prácticamente cualquier modo de organización política. Se sigue que no puede ser considerado como una noción absolutamente fundamental en la teoría y en la práctica políticas. Nuestra pregunta, por lo tanto, deber ser: ¿qué

función puede desempeñar, aquí y ahora, para nosotros los mexicanos, la idea de nacionalismo? Si no me equivoco, esta pregunta es equivalente a esta otra: ¿cómo interviene la idea de nacionalismo en el proceso de mejoramiento de nuestras instituciones (y aspiraciones) republicanas y representativas? Por razones evidentes de suyo, lo cierto es que en México los conflictos sociales importantes, los que de uno u otro modo atañen al país como un todo, son más que de carácter étnico, de carácter económico y de legitimidad política. Es sólo desde esta perspectiva que el arma ideológica del nacionalismo puede ser de interés. En nuestras circunstancias, el concepto importante de nación es simplemente el de país. La defensa de la nación se convierte, por consiguiente, en la defensa del país, de sus fronteras, instituciones, recursos, etc., y, sobre todo, de su población. La defensa del país es, desde luego, la defensa de su integridad física, pero también (y en nuestros tiempos esto parece ser lo crucial) la defensa de las justificadas aspiraciones de una población que exige, cada vez con más fuerza, un estado de soberanía, seguridad física, representatividad política genuina, legitimidad gubernamental y estatal. El nacionalismo sano representa, por razones ya esbozadas, un rechazo de toda clase de segregacionismo, de aislacionismo y de separatismo. Pero también encarnan en él las decisiones políticas justas, progresistas, visionarias. Los órganos supremos del país, como las Cámaras, son el mejor termómetro del auge o la decadencia del nacionalismo, de su estancamiento o evolución. Son la promulgación de leyes de protección a los grandes sectores marginados y el esfuerzo serio y decidido por hacerlas valer la mejor (y quizá la única) manifestación de nacionalismo digna de ser tomada en cuenta. Es en la elaboración de códigos penales, laborales, civiles, de trabajo, que impidan el abuso de menores, la explotación descarada del trabajador, el imperialismo masculino, por no dar más que unos ejemplos, lo que mejor que otra cosa nos indica si la actitud de los gobernantes y legisladores es auténticamente nacionalista o no. El nacionalismo meramente retórico es, aparte de despreciable e inútil, un lastre para el país o, si se prefiere, para la nación. Y una cosa es clara: de no ser un instrumento al servicio de los intereses de las grandes mayorías, el nacionalismo no encierra más que problemáticas del pasado, junto con las cuales probablemente se desvanecerá cuando rijan al mundo modos de producción diferentes e ideales políticos ajenos a los que prevalecen en esta convulsionada época.